

JESÚS MAIRE BOBES



ESPAÑA ENCANTADA



EL ESTADO

«El Estado posee tanto poder que inspira terror».

THOMAS HOBBS, *Leviatán*

1

Configuración

El Estado es el organismo autónomo y político de la nación que, subordinado a la forma de economía política que domina en el país (en España, el capitalismo), se articula en un *sistema* que maneja, fiscaliza y controla el orden establecido; administra las leyes, los impuestos, la enseñanza, los medios militares, la cultura, la Policía; privilegia, defiende y protege los intereses económicos de la clase dirigente. Posee la supremacía. En los regímenes parlamentarios, este grupo hegemónico impone unas reglas de juego que obligan a los partidos políticos que las acepten a concurrir en elecciones que son festejadas habitualmente como el «gran triunfo de la democracia»; es decir, plantean el supuesto de que los votantes elegirán el Gobierno que más les interese, aunque este únicamente pueda ofrecer alguna que otra concesión a la mayoría de la población. Así, dependiendo de las circunstancias históricas, el partido A prometerá una legislación sobre el divorcio, la vivienda, los impuestos, la eutanasia y cualquier otro asunto que le reporte votos. Por el contrario, el partido B se opondrá con idéntico fin, aun cuando ambos digan que desean

mejorar las condiciones de vida de los ciudadanos. Ahora bien, el grupo hegemónico determina los objetivos del sistema y sus valores; se presenta como la fuerza motora que desarrolla las energías de la nación, y se coordina con los intereses generales de los grupos subordinados.¹

El Estado impone y persuade a la población con métodos violentos y pacíficos; instituye una legalidad concreta, juzga y condena a los que se salen de ella. Ejecuta legalmente; implanta en nuestro entorno una cultura, la moral, una religión, modos de vida, voluntades, utopías, un sentido de la justicia, sentimientos y otras formas para que obedezcamos sus instrucciones; hasta tal punto nos domina que sacrificará nuestra vida sin remordimiento alguno en guerras que solo beneficiarán a los privilegiados del sistema. Adoctrina al individuo, bien de manera espiritual o bien de manera intelectual; diseña una serie de quimeras que, a pesar de no ser posibles, se emplean para implantar en la mente colectiva una ilusión: fraternidad, justicia, libertad, amor, solidaridad, paz, igualdad y otras entelequias.

Origen

No es fácil determinar el modo en que fue organizándose la sociedad política a la que denominamos *Estado*.

¹ Cf. A. Gramsci, *Escritos. Antología*, selección, introducción y notas de César Rendueles, Madrid, Alianza, 2020, págs. 211-12.

Tal vez, sus primeras células se hallen en la familia, el poblado, la tribu, la ciudad... Parece seguro, con todo, que el clan (conjunto de familias vinculadas por un linaje común) desempeñó un papel fundamental en dicha labor.² A las agrupaciones de varios linajes seguirían tribus, ciudades y comunidades políticas. A buen seguro, la organización se desarrolló tan pronto como los individuos se ocuparon de trabajos manuales (alfarería, sallado, tejido, comercio) e intelectuales (escribanos, gobernantes, sacerdotes). Las comunidades políticas tendieron a incluir mayores grupos gentilicios o locales. Se supone que los grupos políticos fueron integrándose en una unidad superior mediante un vínculo federal y, como era preciso protegerse de enemigos comunes, establecieron asambleas de los pueblos confederados.

Los clanes constituían esbozos de comunidades que, con el correr del tiempo, se convirtieron en sociedades que compartían rasgos comunes: escritura, desarrollo de urbes, edificios públicos y el embrión de un aparato político que podemos denominar Estado. Apenas comienzan las actividades fabriles y comerciales, surge un grupo dominante que va acumulando riqueza y poder mediante la explotación del trabajo y las cargas de todo tipo que afectaban a los súbditos.

² Para lo que sigue, véase Luis García de Valdeavellano, *Curso de Historia de las Instituciones españolas*, Madrid, Alianza, 1993, pág. 115 y ss.

El gobernante solía ser un sacerdote, pero también podía ser un individuo laico. En aquel sistema político, desempeñaban una función importante el templo, el ejército, el cuerpo jurídico y una burocracia tosca, si bien estable. Mansiones y ropas suntuosas de los gobernantes, ya civiles, ya religiosos, recordaban al vulgo que aquellos regían y fiscalizaban su vida. La pompa y el esplendor siempre han sido un recurso que ha servido para ostentar y justificar la jerarquía y reputación de los poderosos.

No cabe duda alguna de que la primitiva organización social procuraba abrigo y protección, pero también tenía inconvenientes. Este rasgo se acomodó al Estado desde sus orígenes, puesto que, a la manera de Jano, el dios con dos caras, ofrece amparo, ayuda y compañía, pero también exige obligaciones, deberes; reprime y controla. Así, una de las principales servidumbres que trajo consigo la civilización consistió en la restricción de la libertad. El hombre salvaje debía cazar para sobrevivir, vivía desarreglado y libre; el empleado debe acudir al trabajo para mantenerse, vive de modo rutinario. Espontaneidad e impulsos frente a sujeción (freno de instintos).³ En el momento en que se ordena la sociedad, el hombre también se somete a unas reglas y a un catecismo: no matar, no codiciar al cónyuge

³ Bertrand Russell, *La conquista de la felicidad*, Madrid, Diario El País, 2003, págs. 162-3.

ajeno, actuar bien... Toda su naturaleza anterior y sus cualidades sensitivas y naturales, que compartía con los brutos animales (copular libremente, matar solo para comer, dormir a sus anchas...) son reprimidas... Probablemente, se produjo también una alienación de sí mismo; esto es, un extrañamiento de su condición animal... como si se convirtiera en otro, en un ser que piensa. Esta dualidad sigue existiendo, indudablemente, pero el problema se origina en caso de que su instinto original supere a su entendimiento.

La propiedad privada

Las leyes de la naturaleza enseñan que cualquier animal busca sus objetivos, sean comida, espacio u otros, y lucha a fin de lograrlos. ¿Quién no ha visto a un simple gorrión disputar con otro por un trocito de pan? El hombre⁴ nunca ha sido ajeno al asunto, puesto que la competencia lo impulsa a atacarse y apropiarse de lo

⁴ El vocablo «Hombre» abarca al ser humano. Álex Grijelmo menciona a una científica que, hablando en una emisora de radio, dijo: «El Homo sapiens es ya un Homo docens... o Mulier docens». El periodista nos aclara el error de la señora: «Homo» significaba «persona» en latín, lengua que distinguía entre «vir» (hombre) y «mulier» (mujer). Es decir, «homo» (persona) se aplica indistintamente al hombre y a la mujer, como es lógico. Cf. A. Grijelmo, «Mulier sapiens», El País (Ideas), 8-V-22, pág. 12. Por consiguiente, si exclamo de forma admirativa «¡Lo que ha movido la mano del hombre!», estoy valorando a los varones y a las mujeres.

ajeno. Este rasgo ha permanecido indeleble, milenio tras milenio, aunque actualizado continuamente en matanzas, guerras, genocidios y un sinfín de variedades criminales.

Tras haber vivido miles de años de la caza y de la recolección de vegetales silvestres, algunos hombres primitivos empezaron a cultivar plantas. Vivían en aldeas; se ordenaban en grupos, tribus o clanes. Se peleaban entre sí, ajenos a leyes que regulasen su comportamiento. Se supone que en esas comunidades salvajes, cuya estructura social era muy simple, se vivía en paz, salvo cuando los sujetos físicamente aptos salían a cazar, explorar el territorio y luchar con otros grupos parecidos. Fruto de esas expediciones fue la toma de cautivas, que tal vez sea la primera manifestación de la propiedad privada, según Veblen⁵.

⁵ Thorstein Veblen, *Teoría de la clase ociosa*, México, FCE, 2004, pág. 53. Este rasgo atávico de adueñarse de las hembras se ha transmitido de generación en generación de manera tan vergonzosa que muchos varones aún consideran a la mujer como propiedad suya. La propiedad, que comenzó por ser el botín que se conservaba como trofeo de una expedición afortunada, evolucionó hasta convertirse en una distinción valorativa, puesto que el disfrute de riqueza confiere honor (*Ib.*, pág. 55 y ss.). Marx: «La propiedad privada nos ha hecho tan estúpidos y unilaterales que un objeto sólo es *nuestro* cuando lo tenemos, cuando existe para nosotros como capital o cuando es inmediatamente poseído, comido, bebido, vestido, habitado» (K. Marx, *Manuscritos de economía y filosofía*, traducción, introducción y notas de Francisco Rubio Llorente, Madrid, Alianza, 2020, pág. 178).

Si no conocemos cuándo el *homo erectus* dominó el fuego,⁶ ¿cómo sabremos el momento en que se establece la propiedad privada? Con todo, se pueden hacer suposiciones. Así, creo que este pilar de la sociedad antigua y moderna tuvo que nacer tan pronto como fueron controladas las necesidades básicas (alimento, abrigo, herramientas...), alguien dominó un territorio y se apoderó de los medios que las produjeran y regulasen.⁷ La división del trabajo tuvo asimismo que desempeñar un papel fundamental.⁸ En este sentido, cabe señalar que, probablemente, la primera etapa de la asignación de distintas labores a diferentes personas se produjese en la pareja, en el matrimonio monógamo.

⁶ El descubrimiento del fuego permitía cocinar y calentarse. Las fechas se sitúan entre los quinientos mil y el millón de años. Cf. M. Harris, *Antropología cultural*, Madrid, Alianza, 2021, pág. 113.

⁷ Los antropólogos han investigado en comunidades primitivas de Indonesia, África, Canadá y otros lugares. *Ibid.*, págs. 192-4. «Hasta los miembros de las sociedades más igualitarias creen normalmente que las armas, ropas, recipientes, adornos, útiles y otros *efectos personales* no se deben coger o utilizar sin el consentimiento de su *propietario*» (*Ibid.*, pág. 275.)

⁸ Según Engels (*El origen de la familia*, la propiedad privada y el Estado, Madrid, Alianza, 2021, pág. 274), la primera división del trabajo se produjo cuando la sociedad se escindió en dos clases: señores y esclavos. Los antropólogos han estudiado la división del trabajo entre los dos sexos en tribus de Zaire, la península de Labrador y otras zonas del Globo, donde se producen relaciones casi igualitarias entre ambos. Así, en las selvas de Zaire, las mujeres tienen autoridad y poder considerables. El varón mbuti no se considera superior a su esposa. Aun cuando es consciente de su habilidad con arcos y flechas, sabe que sus alimentos proceden de la tarea recolectora de las mujeres. Cf. Marvin Harris, *Nuestra especie*, Madrid, Alianza, 2021, pág. 282.

Sea como fuere, parece seguro que no existía justicia ni civilización hasta que un poder común reguló y fijó la propiedad privada, el dominio y la diferencia entre *tuyo* y *mío*.⁹ Este afán de posesión siempre ha sido consustancial a nuestra especie y envuelve la conducta diaria en cualquier territorio del planeta: *mi marido, mi esposa, mis hijos, mi casa...* Nos hipotecamos para comprar un coche eléctrico y automático; nos ofuscamos con el móvil más moderno, un televisor de cien pulgadas... Incluso nos pegamos por tener un trocito de playa en verano. La sociedad de consumo ha implantado en los cerebros la desenfrenada carrera de ir de vacaciones a toda costa, aparentar que se vive mejor que el vecino... En cualquier espacio donde existe la propiedad privada, la economía presenta un rasgo ordinario: la lucha entre los hombres por la posesión de bienes.

Este afán ocupa la vida social desde que nacemos. Tal ceguera por la tenencia se debe a que el sistema ha ilusionado al ser humano haciéndole creer que las actividades elementales, sensitivas y físicas del hombre (sexo, comida, bebida...) son menos importantes que el sentido de *tener*. Se ha creado así una estructura de sometimiento del individuo al sistema. Los placeres primarios han sido arrinconados y el hombre vive sometido

⁹Thomas Hobbes, *Antología. Del ciudadano. Leviatán*, selección de Enrique Tierno Galván, Madrid, Tecnos, 1965, págs. 134-38.

a una esclavitud que, a pesar de que no tenga nada que ver con la cruel práctica de la Edad Antigua, refleja la actual dependencia del obrero respecto al patrón y del sirviente con el amo.

